

AGENDA CIUDADANA

CUAUHTEMOC O LA LARGA MARCHA

Lorenzo Meyer

La Opción y el Precio.- Hace once años, Cuauhtémoc Cárdenas y un pequeño grupo dentro del PRI decidieron desafiar al régimen... y pagar el precio. Su desafío no fue por el camino del choque frontal y violento -- el de la revolución --, sino a través de una larga marcha por una vía que hasta entonces había probado estar cerrada y bien cerrada: la legal. Los nuevos opositores habían vivido en el monstruo y conocían bien sus entrañas, por ello sabían que esa legalidad a la que apelaban y con la que se defenderían era, en el mejor de los casos, relativa, y en el peor, inexistente. El precio que debieron pagar por su decisión fue enorme. Varios de los que iniciaron la aventura y de los que, desde la izquierda histórica, se sumaron a ella para, juntos y a base de votos, arrancar el poder a un partido de Estado y a un sistema antidemocrático, no aguantaron la presión y se quedaron en el camino.

A nombre de todos los que sobrevivieron a fuerza de voluntad la larga marcha a través de las hostiles instituciones autoritarias y de los millones que les apoyaron con su voto, el pasado 5 de diciembre, Cuauhtémoc Cárdenas y los suyos asumieron el poder en la Ciudad de México. En principio, los nuevos gobernantes capitalinos dijeron que su propósito es poner ese poder recién conquistado no al servicio de una nueva clase política cerrada, como terminó por ser esa que a lo largo de 80 años mantuvo cerrada la posibilidad de la alternancia, sino al servicio de la pluralidad, la honestidad y la reconstrucción del Estado de Derecho. Es un compromiso histórico y formidable.

La inesperada y magnífica insurgencia electoral encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas en 1988 desembocó en una derrota producto de un gran fraude y de una

situación de competencia inequitativa en extremo. El nuevo cardenismo apenas si logró representación en un congreso donde el partido de Estado siguió siendo la fuerza dominante. De todas formas, la movilización electoral del 88 obligó al régimen a entreabrir la puerta electoral, pero lo hizo en favor de la otra oposición, de aquella con la que podía negociar y pactar: el PAN. Muchos consideraron entonces que el papel histórico de Cuauhtémoc Cárdenas -- y de la heterogénea izquierda que le había acompañado -- ya se había cumplido y agotado; ese punto de vista pareció reafirmarse en 1994, cuando las cifras electorales le asignaron al candidato presidencial del PRD un modesto 16.6% del voto total. Pero pese al desánimo y divisionismo que entonces invadió "a la tercera fuerza electoral", la marcha del ingeniero y de su partido continuó y en la primera elección del jefe de gobierno de la capital de la república decidieron arriesgarse a un nuevo revés -- que, de darse, convertiría a Cárdenas en líder con pasado pero sin futuro -- o revertir las tendencias. Esta vez la fortuna les sonrió.

El D.F.- En el Distrito Federal, Cárdenas, el cardenismo y el PRD, encontraron el sitio exacto para poder transformarse de pura oposición en eso que el PAN conocía desde 1989: una oposición con responsabilidad regional y significativa de gobierno.

La capital no es sólo el centro geográfico del país, sino también su centro dentro del espectro político. En efecto, el norte, en principio, es la zona de la modernidad, pero se trata de una modernidad relativamente conservadora, muy influida por un catolicismo sofisticado pero que nada tiene que ver con la teología de la liberación y si mucho con el de los grandes grupos empresariales y sus intereses. Esos empresarios norteros -- industriales, agrícolas, comerciales y financieros -- son de raíz reciente, del siglo pasado, muy dinámicos y con una vocación de independencia frente al gobierno central aunada a una visión del mundo que ya no choca con la norteamericana.

El sur, por otro lado, es la región de los siglos -- milenios -- cargados de historia indígena y colonial, de gran peso de las instituciones antiguas y de indicadores socioeconómicos de atraso y la marginalidad. Ese sur también es la zona del caciquismo político, del “carro completo” del PRI; la última trinchera de las fuerzas antidemocráticas del régimen que está muriendo. Por otro lado, el sur también es la región de la respuesta radical a una situación radical: la de Lucio Cabañas, Genaro Vázquez, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y el Ejército Popular Revolucionario. Ahí el marxismo sigue teniendo sentido.

En contraste, la capital es preferentemente una mezcla de esos dos Méxicos. El peso del pasado se siente, se vive, pero por sus enormes dimensiones y su dinámica económica, ya no tiene lugar para caciquismos antiguos. La capitalina es una modernidad no conservadora, más latinoamericana que norteamericana, plural, abierta, cosmopolita y relativamente tolerante. No es hoy región de ortodoxias o bipartidismos sino de pluripartidismo. Por tanto, es en la zona conurbada de la capital donde el cardenismo encontró finalmente su mejor medio, su oportunidad. Pero se trata sólo de eso, de una oportunidad y no de una seguridad. De la acción eficaz, honesta y sensata del perredismo cardenista -- mostrar que son realmente algo distinto del PRI y del PAN -- depende si sigue o no su camino de recuperación, su ascenso.

Como a Ninguno.- Al reseñar por radio la toma de posesión de Cuauhtémoc Cárdenas como jefe de gobierno de la Ciudad de México, José Agustín Pinchetti señaló: como a ninguno de sus opositores, el régimen buscó destruir a Cuauhtémoc Cárdenas lanzando sobre él todo el poder de un Estado autoritario y no lo logró. La afirmación es absolutamente cierta pero con un matiz: Cárdenas recibió el peor trato que el presidencialismo sin límites mexicano podría dar a un opositor electoral, no

violento y salido del seno mismo de la clase gobernante. Con otros opositores, en otra épocas y condiciones distintas, el régimen fue más lejos en su respuesta al desafío: no sólo los reprimió, humilló y puso en prisión, sino que a un buen número de ellos los torturó, asesinó y, finalmente, los desapareció. Y ahí están, como ejemplo, los casos de los ferrocarrileros de los años cincuenta, de los estudiantes del 68 y del 71 o de las guerrillas de los setenta y posteriores.

Contrastando la situación de Cuauhtémoc Cárdenas con la de quienes le antecedieron en su decisión de buscar el poder en condiciones similares, es claro que ninguno de ellos recibió peor trato que el que se reservó para quien fuera el líder de la Corriente Democrática dentro del PRI en 1987, candidato del Frente Democrático Nacional en 1988 y del Partido de la Revolución Democrática después: Cuauhtémoc Cárdenas. En su contra se pusieron en marcha campañas de desprestigio nacionales e internacionales, de tipo aplanadora, se le amenazó, se asesinó a correligionarios -- ya son más de cuatrocientos los caídos --, se corrompió a colaboradores cercanos (premiando su deserción con embajadas o puestos dentro de la administración federal o de alguna local), se procedió a cooptar sistemáticamente a agrupaciones originalmente aliadas, en todas las elecciones se cargaron los dados en su contra, etcétera.

Antes de Cuauhtémoc Cárdenas, los casos más conocidos de enfrentamiento entre el sistema autoritario y una oposición electoral sustantiva fueron los encabezados por José Vasconcelos (1929), Juan Andrew Almazán (1940), Ezequiel Padilla (1946) y Miguel Henríquez Guzmán (1952), pero también hubo otros menos conocidos por haber sido menos eficaces pero de igual naturaleza: los del ingeniero Alfredo Robles Domínguez en 1920, del coronel Adalberto Tejeda y Antonio I. Villareal en 1934, de

Vicente Lombardo Toledano en 1952 o de Manuel Moreno Sánchez en 1982. Los gobiernos en turno en aquellos años no se ahorraron malas artes para destruir a esos opositores.

Sin embargo, con ninguno de ellos se procedió con la saña con que Carlos Salinas desde el primero hasta el último día de su gobierno actuó contra Cuauhtémoc Cárdenas y sus seguidores. Ni antes ni después de Salinas han faltado los golpes bajos por parte del gobierno contra su opositor de centro izquierda, incluyendo el crimen, y como botones de muestra están los casos de los asesinatos de Xavier Ovando y Román Gil en 1988 o los de Aguas Blancas, en Guerrero, en 1995. En realidad, esta historia no ha terminado. El viejo sistema, aunque debilitado, aún tiene la capacidad y la voluntad de destruir a Cuauhtémoc Cárdenas aprovechando lo complejo y colosal de los problemas de la capital del país. En realidad algunos de estos problemas parecieran haber sido agudizados a propósito por el último gobierno no electo del Distrito Federal, como los muestran el ascenso de los índices delictivos o el crecimiento de 750% en tres años de la deuda del Departamento del Distrito Federal.

El Nuevo Poder.- Se ha señalado que la administración de Cuauhtémoc Cárdenas está encabezada por un buen número de gentes que fueron compañeros suyos en la larga marcha que emprendieron hace años pero sin experiencia en su nueva área de responsabilidad. Ambas cosas son ciertas, pero es natural que en una lucha tan dura, desigual y brutal como la que ha enfrentado y seguirá enfrentando el cardenismo, la lealtad tenga un lugar preponderante, sin ella no hubiera sobrevivido. En realidad, a falta de experiencia administrativa el grueso del equipo que acaba de hacerse cargo de la administración de la Ciudad de México tiene experiencia abundante en algo de más fondo: en la nueva política democrática y de

responsabilidad frente al electorado. Dadas las circunstancias, esa característica es una ventaja muy superior a la del mero *curriculum* burocrático. Después de todo, los equipos de Miguel de la Madrid, Carlos Salinas y Ernesto Zedillo se caracterizaron por ser abundantes en “experiencia técnica”. El último regente, Oscar Espinoza, por ejemplo, era justamente un administrador de carrera no sólo en Nacional Financiera sino en el misterioso mundo del manejo los dineros del PRI en la campaña del presidente, pero justamente la naturaleza y contenido de esas experiencias es lo que agudizó el desastre en que hoy vive la capital del país.

Quienes acaban de asumir el control político de la capital mexicana tienen un gran capital político, sobre todo de índole moral, por venir de una oposición que no hizo concesiones. Ese capital debería ser conservado siendo cuidadosos hasta la exageración tanto en el contenido como en las formas de la políticas, pues naturalmente cualquier error será magnificado por el gobierno y por el PAN, como lo mostró el nombramiento del hijo de Cuauhtémoc Cárdenas en el equipo de transición o, en la actualidad, el del jefe de la Policía Judicial de la capital.

Al final de cuentas, serán las acciones a lo largo de los dos próximos años las que prueben si Cuauhtémoc Cárdenas y los suyos son tan buenos como gobernantes como lo fueron como opositores. Evidentemente no está en sus posibilidades temporales resolver los complejos problemas de la capital, pero si están obligado a avanzar de manera notoria en su solución y en la creación de una nueva cultura en la relación entre gobernantes y gobernados; una donde domine la honestidad, sensibilidad y la cercanía. Si lo lograsen, tanto ellos como la incipiente democracia mexicana, avanzarán, Si fracasan, eso no significaría de ninguna manera el fracaso de

la democracia misma, pero se reduciría, al menos por un tiempo, el espectro de opciones de esa democracia, cosa que no conviene al interés colectivo.

Correspondencia a: lmeyer@colmex.mx